

Para hablar de nuestro carisma, podemos explicar nuestro nombre y así decir en pocas palabras lo que nos caracteriza en el Cuerpo de la Iglesia.

Nuestro primer nombre, Belén, evoca el misterio de la Natividad, la encarnación del Hijo de Dios y en consecuencia, nuestra respuesta de adoración. Desde el principio nuestras comunidades están marcadas por la adoración eucarística. Sabemos que nuestra presencia escondida delante del Santísimo es el lugar de la intercesión por cada uno de nuestros hermanos, de las intenciones de oración que nos son confiadas, de la ofrenda de nuestras vidas, de las alegrías y de los sufrimientos del mundo.

El nombre de la Asunción de la Virgen sabéis que nos viene del hecho de haber sido fundadas en la gracia de la proclamación del Dogma de la Asunción. Desde el origen de nuestra Familia monástica, la Virgen nos enseña a amar a Jesús, a obedecer al Espíritu Santo, a contemplar al Padre. Ella que permanece para siempre en la Santísima Trinidad, nos acompaña y nos enseña en lo concreto de nuestra vida, a vivir lo cotidiano, hasta en los más pequeños detalles, ya con esta mirada puesta en la Vida que nos espera.

Y con san Bruno podemos explicar nuestro ritmo de vida, a la vez solitaria y en comunidad: Vivimos como sabéis en ermitas o en celdas, donde cada una tiene su oratorio, el lugar para comer durante la semana, el lugar para dormir, un jardincito y un taller para trabajar. Las celdas o ermitas pueden variar en función del monasterio o del trabajo de la hermana o de sus necesidades, pero en general es más o menos eso. A la vez, estas ermitas o celdas forman un claustro, o sea, que vivimos reunidas en comunidad y celebramos dos veces al día la liturgia juntas en la Iglesia del monasterio. Luego, además del tiempo que va desde después de las Vísperas hasta los maitines del día siguiente, en las que cada una tiene su tiempo de oración en soledad y de descanso en su ermita, hay hermanas que permanecen más regularmente en su celda incluso durante el día. Trabajan en el taller de su celda y sólo salen para los oficios juntas en la iglesia.

Eso es durante la semana. El fin de semana cambia un poquito. Es el tiempo de estar más en comunidad: el sábado tenemos el capítulo, donde la priora hace como una catequesis sobre el Evangelio y nos pedimos perdón. Luego, el domingo, tenemos juntas un gran paseo por la naturaleza para disfrutar de las maravillas de la creación. También comemos juntas y tenemos un encuentro en el que cada una puede compartir con la comunidad lo que descubre o le ayuda del Evangelio, del Misterio de Dios, de lo que ha vivido durante la semana, de lo que desearía escuchar de la experiencia de las otras hermanas...

Y con todo esto, el lunes vivimos un día de desierto. Es un día en el que decimos los Oficios cada una por su cuenta, no trabajamos y tenemos solo la Misa juntas. El resto del día tenemos más tiempo para dedicarnos a la oración, al encuentro solitario y gratuito con Dios.

Luego, habréis visto que nuestra liturgia y algunas de nuestras costumbres recuerdan mucho a la tradición monástica Oriental: los cantos, los iconos, las metanías... Todo esto, con toda una tradición que viene de los primeros siglos de la Iglesia, lo hemos ido recibiendo como a lo largo de nuestra historia.

En cuanto a mi propia experiencia en Belén, entré hace ahora 23 años. Conocí la Comunidad porque mis padres fueron de retiro a un monasterio que teníamos en España. Yo tenía 10 años y cuando mis padres volvieron del fin de semana de retiro estaban tan cambiados que les pedí que me llevaran a ese sitio también. Yo no era más que una niña pero me di cuenta que volvían con una paz y una alegría que antes no tenían. ¡Tuve que esperar todo un año para convencerles de llevarme a conocer el monasterio! Pero al final lo conseguí. Recuerdo que me encantó y decidí que volvería, con once años... La última mañana, cuando era todavía de noche, mi madre me llevaba de la mano para los maitines y me dijo: “Mira las estrellas, que aquí brillan un montón. Es la última vez que las ves...” Porque ese día volvíamos a casa. Pero recuerdo perfectamente que en mi corazón me dije: “No mamá, no es la última vez... Volveré!” Ya luego crecí. De vez en cuando volvía al monasterio para retiros, o con amigas para ayudar, o para estudiar en un sitio tranquilo. Hubo una vez que hacía un retiro en ese monasterio, y una palabra de san Pablo que se comentaba me dio la vuelta como a una tortilla. Es esa de los Efesios que dice: “Desde antes de la fundación del mundo, Dios nos a elegido, para ser santos e inmaculados en su presencia en el amor.” Yo nunca había escuchado eso en otro sitio, que Dios había pensado en mí incluso antes de que el mundo fuera creado. Que Dios me amaba de manera gratuita, porque sí, antes de que yo existiera y pudiera hacer cualquier cosa que mereciera su amor. Fue una Palabra que me marcó para siempre. Luego, cuando como muchos jóvenes buscaba yo la vida en tantas cosas fuera de Él, esta Palabra resurgía como una roca, como un volver a mi verdadera identidad. Y bueno, un día, después de algunas peripecias, decidí que esta palabra determinaría para siempre mi vida. Decidí responder a la llamada que supe que Él me hacía, ya no como niña como aquella vez, sino como mujer.

Fue después de una peregrinación a Tierra Santa, en el año jubilar del 2000. Había un encuentro con Juan Pablo II con algunos jóvenes en el monte de las Bienaventuranzas al lado del lago de Galilea. Fue un tiempo muy especial, de gracia, de descubrir a Jesús, verdadero Dios, pero sobretodo verdadero hombre. Cuando volví de este viaje ya no era la misma. Lo que antes era prioritario, ya no me interesaba, lo que antes me daba miedo –escuchar su llamada- se me presentaba como una aventura y como un regalo.

Decidí dejar la carrera durante un año para hacer una experiencia en un monasterio de Belén. No me fui ya diciendo que me iba de monja, la verdad. Quería dar simplemente un año de mi vida a Dios para escucharle con libertad. Y así empezó todo... Al poco tiempo decidí que quería comenzar el camino para consagrarme a Él, para quedarme. Durante las diferentes etapas de mi vida monástica, esta llamada se afianzaba en mi

corazón y era confirmada por la comunidad. Claro, pasé por momentos de combate, de discernimiento, de dificultad, pero en cada etapa, recibí también de Él lo necesario para continuar.

Al poco de entrar, me pidieron venir para la fundación de este monasterio. Cuento los años de mi vida pasados aquí como unos de los más felices de mi vida, sin duda. Cuando llegamos, el hermano Esteban, uno de los dos cartujos que quedaban aquí cuando llegamos, nos dijo: “Esta casa es una madre para mí” Yo creo que puedo apropiarme sus palabras. Este lugar me ha formado como una madre en su seno, me ha llevado de la mano, me ha cuidado. Por ejemplo, un día que tenía un día malísimo, me acuerdo que salí y me di una vuelta –o más...- por el gran claustro. La paz volvía poco a poco a mi corazón: Los muros, las columnas, los siglos reflejados en ellos, la estabilidad de este edificio, los detalles labrados sobre la piedra que finalmente casi nadie iba a ver, solo para Dios... Luego, otra cosa que me impresionaba era la multitud de flores y frutos. Cuando estaba un poco pocha, la multitud de árboles frutales (una vez conté hasta 11 diferentes), de flores que crecen por todas partes, me hablaba de la vida en abundancia, de la bondad de Dios. Cuando me costaba la vida en la celda, la soledad, la oración, había algo que me ayudaba especialmente: En mi celda, en el lugar donde los cartujos tenían su oratorio, había dos surcos en el suelo. Era el lugar donde estos monjes habían pasado tantas horas que, generación tras generación, hasta dos surcos se habían formado en el lugar donde ponían sus pies en el suelo. Me encantaba ponerme en el mismo sitio, como en un molde, a ver si se me pegaba algo...

Tengo que decir también que lo que hace único este monasterio y todo lo que aquí viví fue este trocito de cielo sobre la tierra que es Jerez. Hemos recibido tanto... Me impresiona volver después de 11 años y encontrar, al lado de un montón de rostros nuevos, a la gente de siempre, a los que desde el principio han hecho posible que nuestra vida en este sitio cante la gloria de Dios.

Gracias por todo. Y como decía la hermana Fuensanta el otro día: “Que nos quien lo bailao”.